

Carlos Tapia



Política cultural

para comenzar a hablar

Enrique Rivera

¿QUE es, de dónde surge y para qué sirve una política cultural? Estas y otras preguntas, comprendidas en un largo cuestionario inquisidor, sería preciso plantear a aquellos que, desde hace algún tiempo, vienen alzándose como conciencias críticas del proceso de cambios revolucionarios que vive el país en lo que a sus aspectos culturales se refiere.

Un número importante de nuestros intelectuales está perfectamente capacitado para responder, con el rigor necesario, estas y otras interrogantes. Pero la ligereza con que en muchos círculos se habla de la cosa cultural nos indica que otro número igualmente importante de nuestros intelectuales no está a la altura teórica del problema ni quiere asumir la cuota de responsabilidad práctica que le corresponde en su solución concreta.

Rob Stuijf
del Ballet Nacional.



Carlos Tapia

A menudo se escuchan voces que fustigan la falta de "una política cultural de gobierno", tras dos años de gestión popular, o se lamentan del trato burocrático que se le da a los asuntos culturales en algunos organismos del Estado, particularmente gubernamentales. ¿Qué hay de cierto o de mixtificado en todo esto?

Para elaborar una política cultural (o políticas culturales, más exactamente) es preciso conocer, antes que nada, los límites de lo cultural. A pesar de algunos esfuerzos rectificadores, subsiste una idea restringida del concepto cultura. Unos lo asimilan al producto de la actividad artística. Otros lo enriquecen con el producto de actividades humanísticas de orden más general. No pocos confunden la ubicación y el papel de la educación en relación con la cultura. La mayoría habla del arte "y" la cultura o de la cultura "y" la recreación. Y todos están acostumbrados a esperar, por ejemplo, que lo que se anuncia como "la parte cultural" de un acto político no sea otra cosa que algún espectáculo o número de variedad, pero muy pocos se hallan en condiciones de comprender que, si las características lo permiten, el acto político propiamente tal también sea un hecho cultural, y que tal calidad alcance, incluso, al partido que organiza el acto en cuanto institución social.

La cultura, en oposición al concepto naturaleza, comprende el producto total de la actividad humana históricamente considerada. Se manifiesta como un sedimento material y espiritual que la humanidad acumula para su propio progreso y que las sociedades divididas en clases usufructúan en beneficio del desarrollo y consolidación de sus sectores dominantes. Todo bien material o espiritual producido por la humanidad es un bien cultural si está asociado al sentido de progreso y perfeccionamiento social



Enrique Rivera, 30, compositor, es Director de Cultura de la Presidencia de la República.

que preside la mayoría de los actos humanos. Y la producción de bienes culturales es consecuencia de las aptitudes creadoras y laborales y de la capacidad de organización social de la humanidad. Son bienes culturales las ideas filosóficas, las organizaciones políticas, las creencias religiosas, las obras de arte, los descubrimientos de la ciencia, los instrumentos que produce la tecnología para transformar la naturaleza, las conductas morales, los mitos, las leyendas, las costumbres.

La extensión, diversificación y especialización extrema que ha alcanzado la actividad humana aleja las fronteras de lo cultural más allá de nuestra vista, pero no por ello destruye su sentido unificador ni puede ser motivo para desatender su importancia filosófica, cada vez mayor. Por eso, la elaboración de una política cultural implica una reflexión sistemática sobre el producto total de la actividad humana considerado *del modo más general* y obliga a determinar el papel que juegan los bienes culturales de las más diversas procedencias en el desarrollo de la sociedad. El terreno que ha ganado la cultura en la filosofía contemporánea, o dicho de otra manera, la aparición de "filosofías de la cultura" se debe precisamente a la necesidad de que un sector de la sociedad asuma la responsabilidad *de ocuparse, del modo más general, del desenvolvimiento total y armónico de ella, ya sea para fines de consolidación reaccionaria o de avance revolucionario.*

Visto así el problema, es perfectamente explicable que aún no se haya elaborado un cuerpo orgánico de proposiciones que pueda ser entendido como "una política cultural de gobierno". Es una tarea que



Carlos Tapia

está más allá de las posibilidades de acción y responsabilidades específicas del aparato gubernamental, pues involucra al conjunto de la sociedad y sus organizaciones y, particularmente, supone el aporte creador de sus intelectuales y la presencia viva de las masas. Es una tarea colectiva, gigantesca e inaplazable, que no puede acometerse por decreto, como bien lo señala el Programa Básico de la Unidad Popular, no obstante la misión directiva, orientadora, coordinadora y centralizadora de recursos que le está reservada al Gobierno.

Más aun. La sola voluntad de abordar la tarea desde todos los sectores no asegurará el buen éxito de la empresa si no se corrige previamente el significado estrecho y empobrecido con que se maneja el concepto cultura. Este esfuerzo rectificador debe alcanzar, muy especialmente, al seno de los partidos de la Unidad Popular, en los cuales, salvo excepciones, ha estado ausente el debate profundo sobre asuntos culturales.

¿Qué interés puede haber en atender lo cultural si aparece tan desprovisto de contenido? ¿Por qué sorprenderse del trato burocrático

que recibe si se entiende como algo tan subsidiario e indefinido? La burocracia surge precisamente en aquellos organismos cuyos funcionarios desconocen o pierden de vista las características generales y la finalidad de su actividad y carecen de contactos con las masas, con lo que extravían el sentido social de su trabajo.

A nadie extrañe, entonces, que la cultura sea todavía, entre nosotros, *la quinta rueda del coche* y no su eje delantero, a través de cuyo control racional se le imprima dirección y destino al movimiento general de nuestra sociedad, que se orienta revolucionariamente hacia el socialismo.

Justamente esta particularidad es la que nos permite contestar, de *una sola manera*, la parte final de la pregunta con que abrimos este artículo. ¿Para qué sirve una política cultural? Para ninguna otra cosa que no sea comenzar un ancho y profundo proceso de revolución cultural que abarque y comprometa la actividad general de nuestro pueblo. Todo esfuerzo que no se dirija por este rumbo representa una lamentable pérdida de tiempo y recursos.

La revolución cultural es la condición necesaria de todo proceso que se encamina hacia el socialismo, sin la cual el advenimiento de éste es imposible. El socialismo, para llegar a ser una forma superior de desarrollo de la humanidad, debe edificarse sobre la base de todo lo creado precedentemente. Es tarea de todo el pueblo asimilar y reelaborar la rica herencia cultural de la humanidad, entendida en su sentido más amplio, y es característica de un proceso de revolución cultural el permitir que eso se logre a cabalidad.

No por ser extremadamente lento el cumplimiento de tal tarea, o comienzo de su ejecución deja de ser menos urgente. Si bien no es posible revolucionar los bienes culturales de la noche a la mañana y crear como por encanto la tan preconizada "nueva cultura" (debido a su carácter evolutivo y hereditario), es impostergable revolucionar, cuanto antes, sus canales de distribución. Así se logra, en un periodo relativamente breve, el acceso pleno del pueblo a la cultura, aunque no sea más que a la "tradicional", la que, para comenzar, nos bastaría y ocuparía buena parte de nuestra capacidad de asimilación.

Y aquí entra a jugar su trascendental papel la educación. La cultura es a ésta lo que la producción es a la distribución. La cultura, como producto total de la actividad humana acumulado para su progreso y perfeccionamiento social, tiene en la educación uno de sus principales medios destinados a generalizar las experiencias humanas y a perpetuar su quehacer. Por esta razón, si la revolución cultural es condición necesaria de la revolución socialista, una vigorosa instrucción masiva lo es de la propia revolución cultural, porque sólo ella permite colocar al alcance del pueblo los conocimientos sistemáticos indispensables para su liberación definitiva.

Estas son algunas de las consideraciones que, a nuestro juicio, deben presidir los debates previos a la elaboración de una política cultural revolucionaria.



Anita González y Roberto Parada en trabajos voluntarios.

Carlos Tapia